

hicieron los europeos demasiado tarde. En pos de estos descubridores fueron los explotadores, cuya sola intención era hacer indignamente un capital á costa de aquella parte negra del mundo y de sus habitantes. El afán del oro que allí dominaba y más tarde la exportación todavía más lucrativa de «género negro», de los hijos del país, á las nuevas colonias de América, fueron las causas principales del animado tráfico que se sostenía con las costas occidentales africanas. Entre los indígenas se despertó y alentó la codicia por las baratijas, necesidades y comodidades europeas: la Europa no implantó propiamente en la vida de los pueblos oeste-africanos más que los retoños salvajes de su civilización. Lo poco bueno que allí llegaba había de perecer necesariamente en medio de tanta mala hierba. Los indígenas no vieron entre sus costumbres y las de los extranjeros diferencia alguna; más aún, así como antes los indígenas consideraban quizás como sagrados el derecho de hospitalidad, la lealtad y la fe, los comerciantes cristianos, con su conducta eminentemente opuesta, dieron al traste con tales virtudes. En su consecuencia, la rudeza quedó como única potencia dominante, y sólo encontraron voluntarios imitadores los alucinadores tesoros de Europa, tales como alegran á los niños y las maneras de los europeos que eran por aquéllos copiadas como copian los adolescentes las de los viejos. Y así fué continuando en los siguientes siglos. En Freetown y en Liberia y en otras muchas estaciones misioneras se han sembrado gérmenes de una existencia mejor, pero ahora que ha cesado el comercio de esclavos aparece la importación en aquellos territorios de grandes cantidades de aguardiente, produciéndose gracias á ello, aunque por diferente sistema, los mismos desmoralizadores resultados.

Si dirigimos una ojeada rápida sobre cada uno de los pueblos cuyo modo de ser, usos y costumbres nos han proporcionado los materiales para la anterior descripción general, veremos que lo que entre sí los une á todos es el carácter negro común que aparece en su modo de ser corporal y espiritual, en sus costumbres y en sus tradiciones. Junto á este rasgo común, encontramos en muchos de ellos, como elemento que los diferencia de las tribus del interior, la influencia del contacto con la civilización europea y cristiana que se ha dejado sentir á lo largo de aquellas extensas costas y un conjunto de modificaciones por ello originadas. Ya de por sí se diferencian unos de otros por su idioma, pues en esta costa tiene sus límites la gran familia de lenguas bantúas, siendo reemplazada por las más variadas lenguas negras propiamente dichas, que aparecen unas al lado de otras aunque sin solución de continuidad. La confusión de idiomas se presenta casi inextricable, todo lo contrario de lo que acontece con la unidad lingüística de los bantús. En Sierra Leona, en donde la colonia de esclavos manumitidos agrupa los pueblos más distintos, reúnen individuos de 200 tribus negras diferentes que hablan 151 idiomas diversos, á los cuales hay que agregar los europeos, que los negros desfiguran de un modo tan especial, el fulbe y el árabe. ¡Y sin embargo, los negros del Oeste del Africa parecen un solo pueblo! Con gran lógica deduce de esto Schutt encerrando en un solo principio las experiencias hechas con los negros oeste-africanos, que aun cuando cada tribu tiene sus particularidades, consideradas todas en conjunto no presentan diferencias muy marcadas ó muy grandes. Es, sin embargo, partir de una base demasiado estrecha querer señalar como causas únicas de este estado la esclavitud y la poligamia, pues es muy probable que á tal resultado hayan contribuido más poderosamente

las invasiones que, en grande y pequeña escala, se suceden continuamente del interior á la costa. Toda la variedad etnográfica que existe en esta costa queda siempre reducida á los dos tipos opuestos, á saber: el del negro que ha llegado á ella, que hace el comercio, que acepta los malos usos y las costumbres de la civilización y que si á mano viene admite también sangre blanca (sin embargo, el territorio de Angola que es el que más europeos cuenta de todos los de la costa occidental tropical, apenas contiene un décimo de ellos en su población total); y el del negro guerrero, ladrón, algo más sólidamente organizado desde el punto de vista político, que avanza para tomar su puesto en la mesa llena de atractivos del comercio de la costa. Este último motivo no es el único, como lo demuestran las invasiones de los dschaggas en el territorio del Congo, anteriores á la época europea; pero con el tiempo ha ido des- envolviéndose hasta llegar á ser el más poderoso y así lo confiesan con toda franqueza los fanes que recientemente han logrado avanzar con excelente éxito. Sin embargo, á este movimiento se ha opuesto un dique por la parte del Sudoeste, en donde los portugueses se han establecido como colonos, así como por la parte Norte, en la costa de la Pimienta, en donde, aunque en menor escala, se extienden hacia el interior las colonias de esclavos libres de Liberia y de Freetown; de suerte que en los últimos siglos se ha dejado aquél sentir principalmente en las comarcas situadas entre el Congo y el Níger.

País negro de antiguo famoso es el territorio de Bihé que circundan los balundas al Norte, los momas al Oeste, los gonzellos al Sud y los ganguellas al Este, comarca bien cultivada y en extremo fértil. Al Este del Cuqueima hay varios caudillazgos, como Kipembe y otros, que son tributarios de él, bien que más nominal que realmente. La población de este territorio es la más abigarrada que encontramos en el interior de Africa: en ella hay no sólo momumbes, que en general pertenecen á las mejores clases, pues descienden de los dominadores, y mundombes que habitaban el país antes que los anteriores y que hoy constituyen la *miseria plebs*; sino que además el pueblo de Bihé, en donde existía uno de los principales centros del comercio de esclavos, se ha mezclado por esta razón misma con elementos de todos los pueblos del interior del Africa que se extienden entre el Congo y el Ngami y los dos Océanos: «las clases bajas han salido de una mezcla de razas que hoy no puede comprobarse, al paso que la gente ilustre con sus innumerables amoríos se ha confundido con los descendientes de las más diferentes comarcas de Africa.» El activo espíritu mercantil, la movilidad de la población pueden ser en parte causa de este cruzamiento cuya expresión encontramos también en la leyenda de la tribu (véase pág. 354).

En la parte occidental de la cordillera de la costa, habitan en fértiles valles cubiertos de prados los killengues, cuyos pequeños caudillos reconocen de muy buen grado la soberanía portuguesa, por más que sus marcadas aficiones á la rapiña les hagan estar en continua lucha entre sí y con otras tribus y los conviertan en súbditos difíciles de gobernar. Las descripciones que de ellos poseemos los representan como hombres de elevada estatura, vigorosos, de carácter audaz y belicoso, y más pastores que agricultores, á pesar de que su suelo, fertilísimo en su mayor parte, les proporciona cosechas más que suficientes de maíz y de cañabe. Sus cabañas son circulares, construidas con pequeños troncos y revestidas de barro: las puertas de las mismas, que son bastante altas para que por ellas pueda pasar un hombre alto sin encorvarse, son quizás debidas á la in-

fluencia europea. Sus aldeas, como todas las residencias situadas al Oeste de las tribus pacíficas de Bihé, están cercadas por una empalizada que las defiende más contra los ataques del hombre que contra las agresiones de las fieras. Los killengues llevan arco, flechas, lanza y destal, pero su arma principal es el fusil: son tan aficionados al aguardiente, que en parte reciben de la costa y en parte se fabrican ellos mismos, que en los tres meses que dura la maduración del gongo, con cuyos frutos se hace aquella bebida, se ve á la población toda casi diariamente embriagada. Sus caudillos tienen, al parecer, un poder absoluto y saben, según expresión de Serpa Pinto, «hacer tan agradable como pueden su existencia en medio de sus súbditos.» Al Oeste de ellos habitan pueblos guerreros agricultores y algo pastores, como son los nonos, los huambos y los momas.

En el árido territorio que se extiende entre la costa y las montañas costaneras, en el cual sólo encontramos á manera de oasis el valle del Dombe Grande, habita el pueblo mestizo y europeizado de los mundombes, tribu pacífica constantemente molestanda y saqueada por los killengues de los montes vecinos: esta tribu es la primera europeizada de las que habitan á lo largo de la costa desde el trópico meridional hasta casi el septentrional. Parecidos á ellos son los negros de Angola, mezclados con sangre portuguesa, descendientes del pueblo negro del mismo nombre que en otro tiempo tenía sus reyes propios y que en el siglo décimosexto era bastante fuerte para rechazar las invasiones de los portugueses que desde Loanda hacían un activo comercio de esclavos. De la misma manera que hoy existe gran semejanza etnográfica entre los negros del Congo y los de Angola, en otro tiempo estuvieron, al parecer, ambos unidos por un frecuente trato. Los portugueses dicen que llegaron desde el Congo á Angola persiguiendo á unos congones que comerciaban con Angola, territorio antiguamente á ellos sometido. Hacían especialmente el comercio de esclavos en el puerto de Loanda, relacionándolo con el que se hacía en Santo Tomás. En vista de que este comercio tomaba incremento, el rey Juan de Portugal envió á Paulo Díaz de Novais á Loanda, con poderes para conquistar á costa del monarca territorios en el Koanza, á 165 millas río arriba, que habían de ser propiedad de Díaz y de sus descendientes. El rey de Angola residía entonces en Cabazo, á 150 millas del mar; Díaz se estableció con sus portugueses en Anzelles, en donde el rey de Angola hizo asesinar á todos sus compañeros, suceso que aconteció según López en el mismo año en que el rey D. Sebastián sucumbía en Berbería. Díaz entonces reunió fuerzas de guerra, remontó con dos galeones el Koanza, sobornó á una porción de caudillos del monarca y aun consiguió del rey del Congo que le auxiliara en su empresa. El rey de Angola les esperaba con 60,000 combatientes, pero la victoria fué para los portugueses. Sin embargo, aun después que á costa de tantos esfuerzos se hubieron éstos hecho señores de la costa, su soberanía quedó siempre reducida á algunas plazas costaneras y á un territorio no muy dilatado. En nuestro siglo todavía el trozo de costa de Kissama situado entre Benguela y Angola no estaba completamente sometido á los portugueses y aun en los últimos diez años han sido rechazados á las fronteras del interior, cediendo al empuje de los songos, bangalas y kiokos.

Como raza comerciante de estos territorios hemos hecho ya conocimiento con los bangalas (pág. 350), gente audaz y orgullosa pero no descortés. Schutt dice hablando de ellos: «Vi algunos rostros interesantes y simpáticos, á pesar de su nariz aplastada, á los cuales daban sus brillantes ojos un aspecto algo salvaje. Pintanse el cuerpo simétricamente con

el cocimiento de una raíz colorante que cubre aquella oscura piel de un repugnante carmín. El aspecto exterior, el carácter y la arquitectura de este pueblo indican de una manera innegable su semejanza con los pueblos de Manyema y del bajo Congo que aparece también más abajo del ecuador en la costa occidental. Las chozas de los bangalas no son tan rústicas como las de muchas tribus negras vecinas, por ejemplo las de los bondos; tienen forma cuadrada, un techo á modo de silla de montar y su altura es de dos metros ó más: el material para su construcción empleado son los tallos del papyrus. Delante de la abertura que sirve de puerta se cuelgan esteras y en todas las puertas se encuentra una elegante obra de arte, las más de las veces un lindo entrelazado de cañas con zig-zags de color oscuro que figura el arco de la puerta y algunas también una plancha en la que hay esculpidas figuras pintadas de en carnado y de blanco. La actividad de los bangalas se limita especialmente al comercio de la sal que obtienen de las cercanas salinas de los hottos, etc., á cambio de otros objetos y que luego venden en el interior: otra de sus ocupaciones consiste en robar á las caravanas que atraviesan su país.

Con las posesiones de Angola que directamente pertenecen á los portugueses confina el país negro Songo, confederación de pequeños caudillos independientes, cuyas fronteras son al Norte Kassansch y al Este el territorio de Minungo, situado á unas tres jornadas al Oeste de Kuango. Este país es famoso por la mala voluntad que demuestran sus habitantes hacia las caravanas mercantiles que hacen por él el tráfico entre la costa y Kimbundu. La responsabilidad del patrono por cada negro de su caravana se exige aquí con rigor extremo, y cada blanco, ó cada portugués, blanco ó negro, responde por todos los demás. Si algún viajero blanco deja impune un delito, el que pase después de él es responsable, aun cuando ni siquiera conozca al otro. Los masongos se visten de tela á pesar de que este producto escasea extraordinariamente entre ellos, á consecuencia de la disminución creciente de su comercio en cauchú y en marfil, disminución debida á la extirpación de los árboles de goma y de los elefantes, que adquiere cada día mayores proporciones. Las pieles de animales son raras entre ellos y en cuanto á tejidos ó entrelazados sólo fabrican esteras de paja. Muchos se afilan los incisivos superiores. Es notable el espíritu de unión que ofrece su familia. Conservan algunos rasgos que en otras tribus han desaparecido, siendo digno de notarse el hecho de reaparecer en ellos la circuncisión, que no existe al parecer entre los negros de Angola. El excelente pueblo comerciante de los bangalas que habita al Norte y del cual nos hemos ya ocupado, ha avanzado recientemente, por su cuenta y riesgo, hacia el Oeste, atravesando el Lui.

Al Sud de ellos habitan los minungos cuyas residencias están principalmente situadas en el valle del Kuango: hablan un dialecto diferente del de los songos (según Pogge «un idioma distinto»), son más amables con los viajeros, menos rapaces y de costumbres y usos análogos á los de la gran tribu de los kiokos, mezclada con los cuales una parte de aquella tribu habita al Oeste del citado valle. Pogge encontró aldeas minungas hasta en Luhella. La diferencia entre uno y otro pueblo está más en el idioma que en las costumbres: ambos son activos, aptos para el comercio y excelentes cazadores y apicultores. Su peinado, al revés que el de los songos, es objeto de especial cuidado y consiste en muchas madejas del grueso de un lápiz que á menudo caen en rizados sobre las espaldas. Las mujeres tienen un sistema de llevar la carga muy distinto de los que encontramos en la mayoría de las demás tribus negras: para ello usan unas

cestas cilíndricas que se colocan en la espalda y que sostienen por medio de anchas correas que les pasan por la frente: en cambio, llevan sus hijos como el tambor su instrumento, es decir delante y atados con un cinturón, de suerte que los niños han de agarrarse fuertemente al cuerpo de su madre.

Los kiokos se visten más con pieles que con telas: excelentes herreros, entienden muy poco de entrelazados y tejidos; sus aldeas están situadas en medio de los bosques ó muy cerca de ellos; no son tan buenos agricultores como los songos y su territorio está menos poblado que el de éstos; en cambio sus cabañas, redondas ó cuadrangulares, es-



Un trofeo de cráneos, de Bihé (según Serpa Pinto)

tán construídas con más esmero y sus techos salientes están perfectamente fijados en las paredes de 1 á 2 metros de altura. El país de los kiokos es el Estado occidental tributario del Muata Jamvo y está gobernado por varios grandes caudillos (*monas*) de los cuales, en tiempo de Pogge, era uno de los más poderosos el de Kimbundu: éstos perciben tributos de los caudillos de aldea y á su vez envían el suyo á Mussumba, cada año ó en grandes plazos. Este pueblo, que avanza de Sud á Norte, ofrece el interesante ejemplo de una emigración realizada á nuestra vista que quizás en tiempo no muy lejano será causa de una modificación esencial en las relaciones de tribus y de Estados del Africa central. Max Buchner que se encontró con ellos en 1880 hace notar que 20 años antes no había un kioko más al Norte de los 10°; hoy, sin embargo, sus aldeas llegan hasta los 7°, pues este pueblo realiza un movimiento lento pero constante hacia «los territorios vírgenes de allende los 5°, cuyos

indígenas no poseen todavía armas de fuego, y en los cuales fácilmente pueden obtenerse esclavos y elefantes.» Las aldeas elegantes y hábilmente construídas, pero siempre defendidas por una espesa empalizada, surgen una tras otra; y como estas gentes fueron laboriosas en el cultivo de sus tierras y vendían sus productos á los perezosos é indiferentes lundas, sin dejar nunca de ser corteses ni sumisos, eran muy bien considerados y su número aumentó muy pronto de tal manera que hoy en día constituyen la población principal de esos territorios. Dos líneas compactas, una (la tribu del mona Kiniama) que sigue la corriente del Kuillu y la del Loango, y otra (la tribu del mona Kissenge) que sigue el curso del Suatschinn, atraviesan el país del Muata Jamvo y amenazan cortar las relaciones que éste mantiene con el comercio de la costa. Los lundas, para contrarrestar este movimiento, no hacen otra cosa que burlarse de los kiokos y hablar de la destrucción completa de éstos en una próxima guerra que no llegará nunca. El nombre del Muata Jamvo todavía es temido, y los invasores aun no se atreven á mostrarse en abierta agresión. Pero dada la tensión dominante cada día, es posible que estalle la catástrofe y los etnógrafos tendrán con ella una traslación de pueblos que abarcará varios grados, y que, como ha sucedido mil veces en Africa, se habrá realizado sin que nadie se aperciba de ello.

Los kissamas, que habitan á pocas millas al Sud de Loanda, se mantienen todavía independientes de los portugueses. Buchner y más tarde Johnston observaron que entre Loanda y Ambriz hacíase el viaje muy difícil por el estado de insurrección de los indígenas.

Ni los mismos observadores antiguos ponían en duda la afinidad entre los negros del Congo y los de Angola. Parece que, por lo menos temporalmente, existió cierta relación tributaria del rey de Angola respecto del Congo. Antes hemos hablado de las relaciones que entre sí han mantenido estos pueblos. La diferencia que existe entre el idioma de los habitantes de Angola y el de los del Congo compárala López con la que hay entre el portugués y el castellano y entre el veneciano y el calabrés. Es difícil determinar fijamente las fronteras meridionales del territorio del Congo. Los dos pueblos que aquí se citan, es decir los congoanos y los anziques ó anzikanos que, al parecer, viven más al interior, no están hoy separados de un modo muy marcado y la diferencia que entre ambos existe puede compararse con la que entre sí ofrecen los bangalas y los kiokos. Los bayansis, que habitan el Congo, desde el ecuador hasta la desembocadura del Kuango, son un pueblo enérgico, inteligente y sociable de faquines y viajeros que ejercen con perfección la alfarería, la herrería y la industria del cobre, y son, al parecer, entre los actuales pueblos del Congo los que llevan el nombre de los anziques y en parte los que ocupan su situación histórica. Algunas tribus, antagónicas por lo guerreras y violentas, á las de los sedentarios agricultores, traen á la memoria el recuerdo de los dschaggas. Entre estas tribus rapaces y comerciales del bajo Congo figuran también los anghies á cuyo territorio no se atrevió Brazza á llevar á ninguno de sus guías de Alima, pues su carácter belicoso y las razzias de esclavos por ellos organizadas les hacen temibles á sus vecinos. Actualmente poseen armas de fuego y telas europeas. El propio viajero encontró en Alima la tribu guerrera de los apfurus que desde sus residencias, situadas más

abajo, hacen expediciones río arriba para cambiar casabe y marfil por pólvora, armas y prendas de vestir. Estos apfurus se opusieron á la expedición de Brazza á Alima, de la misma manera que sus vecinos del Congo se habían, poco antes, opuesto á la de Stanley: como éstos, demuestran aquéllos gran afición á la carne humana y poseen armas de fuego que saben manejar perfectamente. Es digno de notarse que entre los lundas, los guerreros kiokos llevan, según Max Buchner, el nombre de anschenschés.

La frontera septentrional del reino del Congo se extiende, según López, desde el cabo Catalina hacia el Este hasta la confluencia del Zaire y del Vumba. Al otro lado de esta línea, habitaban debajo del ecuador y hasta el cabo Lupi González los súbditos del rey de Loango, antiguamente denominados bramas: este rey era amigo del Congo y feudatario suyo como el de Angola. Este reino de Loango se

extendió por el Este hasta Anzikana, en donde se encuentra el mayor lago fuente del Congo, y por el Oeste hasta el mar y hasta los pueblos de Ambu. En la actualidad el territorio de los negros de Loango está situado entre los 4 y los 6° de latitud Norte. Por el Sud confinan con los musserongos del Congo: por el Norte las fronteras que tocan con el país de los balumbos se han borrado á causa de las emigraciones y mezclas de los loangos. Estos pueblos, lo propio que los negros del Congo, no forman una unidad política.

Como pueblos invasores, enérgicos, gozando entre sus vecinos fama de astutos y malos, y pertenecientes al tipo de los antiguos dschaggas, aparecen más hacia el Norte y en el mismo Ogowe, los batekes, menos valientes que los apfurus, y sobre todo el notable pueblo guerrero, unido y muy relacionado con el Este de Africa de los fanes, pahuí-



Un cementerio en Loango (de «La expedición á Loango»)

nos ó mpongwes que en su enérgico movimiento de avance hacia el Oeste llegaron hace 50 años á la costa y se extendieron en ella tan rápidamente, que aun hoy en día poseen una porción de colonias entre Gabón y el cabo López. Lenz ha profetizado á este pueblo que dominaría toda la región de Gabón. «Enfrente de caracteres tan altivos — dice Lenz — las distintas nacionalidades pequeñas de la orilla izquierda y meridional del Ogowe no representan papel alguno y hasta los numerosos y poderosos bakalois, pueblo guerrero, desaparecen al encontrarse con los fanes. Los okotas, apingis y okandes que antiguamente habitaban esa orilla han sido en estos últimos años arrojados á las islas del Ogowe ó á la orilla izquierda: conociendo su impotencia no intentan siquiera oponer resistencia, se dejan pacientemente vender como esclavos por sus caudillos y apenas se atreven á visitar sus antiguas residencias.» Fleuriot du Langle quiso investigar el origen de los fanes y obtuvo como contestación que procedían del país Ndúa y del lago Tem, en donde las constantes guerras obligaban á los pueblos á emigrar. Para ir de allí á Gabón, emplearon de 5 á 11 meses, pues caminaban tres días y descansaban dos. Algunos han querido relacionarles con las tribus parecidas á los sandehs que habitan al Sud del lago Tsad: ambos pueblos se afilan los incisivos, llevan vestidos de tela de corteza, se pintan el cuerpo con la madera encarnada del eritroxilo y cuidan mucho sus peinados que se componen de muchas trenzas. En

ambos pueblos usan los caudillos pieles de leopardo como distintivo de su rango, y en ambos el color de café es el que predomina en los cuerpos. De los usos de los fanes, las danzas con que se celebra la aparición del primer cuarto de luna y las orgías nocturnas recuerdan las costumbres análogas de los nyam-nyam: también nos trae á la memoria la mirada franca y decidida de los nyam nyam, tan celebrada por Schweinfurth, lo que dice Lenz hablando de los fanes: «Su mirada tiene algo salvaje é inflexible poco común: con ellos casi no puede emplearse la palabra mirar, pues devoran con la vista el objeto que excita su interés. Es también característica en ellos la seriedad de la expresión de su fisonomía: raras veces se ríen, á no ser los jóvenes y las muchachas.» ¿Quién sabe si han ocurrido aquí, entre el Congo y el Ogowe, tantos cambios de sitio como en el país Lunda ó en Gabón, y si con los antiguos reinos han desaparecido también los pueblos?

A partir de este punto, aparece claro un impulso hacia el Oeste, es decir desde el interior hacia el mar. Todas las tribus que habitan entre Gabón y el cabo Catalina — los mpongwes, orungus y kommis que hablan todos el mismo idioma — habitaban antiguamente más hacia el interior. El rey Kengueza enseñó á Du Chaillu la antigua residencia de su pueblo, situada 9 millas alemanas arriba del Fernando Vaz. Los ischogos se han sentido impulsados como los demás á avanzar hacia el Oeste. Es notable el hecho de ha-